



1. Amenazas de derechas

Una Europa en crisis, una extrema derecha en ascenso

Miguel Urbán Crespo

Europa esta en crisis, vivimos uno de los peores ataques sociales y laborales de nuestra historia reciente, una crisis que se está utilizando de telón de fondo para justificar y aplicar una agenda neoliberal de “máximos”, de la mano del FMI y sus planes de ajuste estructural. Ataques y ajustes, con tímidas respuestas desde la izquierda, más allá de Grecia, la mayoría de las organizaciones políticas y sociales se muestran como aturcidas en una pesadilla que no parece tener un final a la vista.

Pero, y ¿a la derecha qué? La crisis se ha producido en un momento de reflujo de la izquierda en prácticamente todo el continente, salvando honrosas excepciones, mientras que paralelamente, desde hace dos décadas se ha ido gestando la emergencia de opciones neo-populistas de carácter totalitario y xenófobo, que a partir del despunte del Frente Nacional (FN) francés en las elecciones europeas de 1983, han ido confirmando que el caso del FN no era una excepción sino más bien la pauta sobre la que se ha construido una nueva ultraderecha en Europa. Al calor de la crisis, la ultraderecha está consiguiendo no sólo aparecer “electoralmente” en nuevos países y parlamentos sino que, en donde estaba, crece y se está consolidando.

Un análisis del conjunto de la extrema derecha y sus resultados más recientes parece indicar que ha sabido, mejor que otras opciones, conectar con el voto de protesta contra la crisis y el actual modelo de construcción de la UE. En las elecciones al parlamento europeo fue el espectro ideológico que más creció en apoyo electoral, alcanzando 37 eurodiputados, y en las diferentes elecciones, a partir del 2009, no ha dejado de crecer: en las elecciones húngaras el partido de ultraderecha y antisemita Jobbik alcanzó el 17% de los votos; el Frente Nacional francés ha conseguido remontar electoralmente, después del fracaso de las legislativas del 2007 (4,29%) llegando al 11,6% en las últimas elecciones regionales; en Austria el FPÖ consiguió el 16% en las elecciones presidenciales, convirtiéndose en la segunda fuerza más votada; La Liga Norte, fue el

partido mas votado del norte de Italia en las ultimas elecciones regionales y municipales, con 2,7 millones de papeletas; en Holanda, el Partido de la Libertad ha consolidado los buenos resultados electorales obtenidos en las elecciones europeas, alcanzando el 17% de los votos en las elecciones legislativas y pasando de 9 a 24 diputados/as, convirtiéndose en la tercera fuerza en el parlamento; y en las últimas elecciones legislativas el ultraderechista Vlaams Belang obtuvo el 12,5% de los votos en Flandes.

Desde luego, un repaso de sus últimos resultados electorales, no puede sino generarnos una fuerte sensación de desasosiego, no sólo porque parecen marcar una tendencia consolidada en gran parte de Europa, capitalizando un voto de protesta contestatario con los procesos de inseguridad social, laboral y económica, sino también porque esta tendencia al alza de la ultraderecha europea no se ve contestada social y políticamente por el crecimiento de opciones políticas de carácter anticapitalista. Y no sólo se circunscribe el éxito de la extrema derecha al campo electoral; también alcanza al terreno de la generación de un discurso vertebrado y unificador capaz de marcar la “agenda” política y permear los discursos y políticas de las grandes formaciones conservadoras y social-liberales europeas. Un proceso que fue titulado en Francia, como la “lepenización de los espíritus” lo que define el profesor Raimundo Viejo como “*su capacidad para permear el discurso del centro-derecha, cuando no del centro-izquierda (...) en su habilidad para contraponer un discurso articulado, generador de sentido para sus audiencias.*” (*Diagonal* 105, 25 de junio al 8 de julio de 2009).

Esas organizaciones, a pesar de que mantienen importantes diferencias, producto de sus dispares contextos políticos, sociales y económicos, también mantienen características comunes que nos permiten hablar de una ruptura con los paradigmas del fascismo clásico del periodo de entreguerras y que constituyen un neopopulismo totalitario de corte xenófobo, una ultraderecha del siglo XXI. En los cuarenta años que han separado la derrota del fascismo y la eclosión electoral de las primeras formaciones de la nueva ultraderecha, se ha experimentado una importante reformulación y reconstrucción de una identidad común adaptada a los nuevos tiempos y con un discurso vertebrador eje importante de sus éxitos electorales. A lo largo de estas páginas intentaré apuntar los elementos clave de este discurso.

Inmigración y xenofobia

Uno de los principales rasgos definitorios de la nueva ultraderecha es la exaltación de la xenofobia, el miedo al extranjero pobre, al diferente. El nacional-populismo, elemento clave de las nuevas formaciones de la extrema derecha, ha sido descrito como una lectura esquemática y maniquea de la realidad, de fácil circulación, en la cual predomina la figura de uno o más chivos expiatorios, los agentes “anti-populares”, que estarían en la raíz de los males que sufre la comunidad nacional. Mientras que los viejos fascismos construyeron un discurso basado en gran medida en la explotación del chivo expiatorio de las conjuras judeo-masóni-

cas y comunistas, las nuevas organizaciones de la ultraderecha han construido un nuevo chivo expiatorio de todos los males de nuestra sociedad, la inmigración.

El encuentro entre nacional-populismo y xenofobia se ha transformado en una receta política de éxito en virtud de una serie de condiciones favorables. El aumento generalizado del paro y el crecimiento de la inmigración en Europa a finales de los setenta y especialmente durante la década de los ochenta y noventa generó un clima propicio para la extensión de los discursos xenófobos. La competencia en vez de la cooperación entre los trabajadores, nativos o extranjeros, por unos recursos cada vez más escasos (trabajo, vivienda, prestaciones sociales, etc.) en un clima de recesión económica y desmantelamiento del llamado Estado del Bienestar, favoreció que las organizaciones ultraderechistas, ante la crisis generalizada de la izquierda, presentaran respuestas fáciles a problemas complejos. De esta forma el tradicional enemigo exterior, el comunismo, era suplantado por un nuevo enemigo, esta vez interior, la inmigración, mucho más rentable social y electoralmente.

En este sentido, los inmigrantes, eso sí, siempre que sean pobres, son presentados por la extrema derecha como el nuevo enemigo de Europa en el siglo XXI. Mediante la negación del derecho universal de las personas a buscar un futuro digno, los inmigrantes son representados como “parásitos” que vienen a robar nuestra riqueza y acaparar las pocas prestaciones sociales de un estado del bienestar menguante. La extrema derecha explota de forma populista el miedo al extraño, al diferente, exaltando la supuesta primacía nacional de los nativos ante la invasión extranjera. De esta forma las organizaciones ultraderechistas se presentan a sí mismas como las únicas que defienden y trabajan por los intereses de los ciudadanos “nacionales”, mientras el resto de los partidos benefician a los inmigrantes. En este sentido se orientaba el lema del FN en las elecciones presidenciales de 1992, que rezaba lo siguiente: *“Ellos prefieren a los extranjeros. Nosotros preferimos a los franceses. Vote Francés”*.

La gran victoria de la ultraderecha no sólo se puede medir en base a los grandes réditos electorales que esta política les ha traído, con el acceso a gobiernos como el italiano, el austriaco, rumano, polaco o suizo. Sino, sobre todo, hay que considerar que han conseguido incluir en la agenda política europea, como un problema fundamental, la inmigración y la inseguridad ciudadana, más allá de sus éxitos electorales en cada país.

De esta forma, tal y como señala el politólogo Piero Ignazi, la hábil explotación de la temática migratoria ha permitido a la ultraderecha “postindustrial” alcanzar consensos amplios entre sectores sociales heterogéneos, al dirigirse a la población en términos de *“valores e identidad, más que de intereses económicos o de clase”*. Esta estrategia les ha permitido superar fronteras sociales que apenas hace dos décadas parecían insalvables y desde hace unos años su éxito parece haber influido en que estas ideas estén permeando en los partidos conservadores clási-

cos que están realizando un proceso de adaptación al discurso xenófobo. Mientras, los partidos socialdemócratas convertidos al social liberalismo parecen haber claudicado también en esta materia, aplicando políticas regresivas con respecto a los derechos fundamentales que lo único que consiguen es allanar el camino para la consolidación y expansión de las opciones políticas de ultraderecha.

La islamofobia

Entre el discurso xenófobo contra la inmigración también hay diferencias de acento. De hecho se está produciendo un importante brote de islamofobia; no todos los inmigrantes son odiados “por igual” por la extrema derecha. Al finalizar la Guerra Fría, las potencias occidentales abanderadas por EE UU necesitaban un nuevo enemigo que sustituyera al comunismo, el elegido fue el islamismo. Para ello se elaboró un discurso que nos presenta el mundo islámico como algo atávico, incapaz de adentrarse en la modernidad, en contraposición se proclama a Occidente, o a una parte del mundo occidental, como único y máximo representante de la “civilización”. Teorías como la del choque de civilizaciones de Samuel P. Huntington, de gran influencia entre los *neocons* estadounidenses, define de esta forma a la cultura islámica:

En todos los lugares, las relaciones entre los musulmanes y las personas de otras civilizaciones han sido por lo general antagónicas; la mayoría de dichas relaciones han sido violentas en algún momento del pasado; muchas han sido violentas en los años noventa: donde quiera que miremos a lo largo del perímetro del Islam, los musulmanes tienen problemas para vivir pacíficamente con sus vecinos (...) las fronteras del Islam son sangrientas, y también lo son sus áreas y territorios internos. (*El choque de civilizaciones*: 307)

La configuración del Islam como el nuevo enemigo mundial, especialmente a partir de los atentados del 11-S, ha generado un clima propenso para que las organizaciones ultraderechistas enarboleden un discurso islamofóbico. En este sentido la nueva extrema derecha justifica su aversión al Islam no en términos racistas, de superioridad de una raza sobre otra, sino en diferencias culturales y de identidad. La “primacía nacional” no sólo se aplica en el terreno laboral y económico, sino que también es ampliada al terreno cultural. De esta forma consideran la confesión musulmana como radicalmente incompatible con Europa porque subvertiría su tradición, cultura y raíces. Además se utilizan argumentos comunes con un acervo “progresista” en debates como el del velo o el nikap o directamente se asimila el Islam con terrorismo, tal y como realizó Geert Wilders, líder del islamófobo Partido Por la Libertad, en su famoso documental *Fitna* (“Calvario”).

Además la mayoría de estos partidos suelen ligar a la población musulmana con el ascenso de la criminalidad e inseguridad ciudadana. Éste es el caso del Bloque Flamenco, en donde su rechazo a la inmigración se concentra fundamentalmente en los musulmanes a los que acusa del tráfico de drogas y de la inseguridad ciudadana.

La (in)seguridad ciudadana

La inseguridad ciudadana es otro de los puntos fuertes del discurso xenófobo contra la inmigración, la asimilación, que machaconamente han reproducido todos los partidos de extrema derecha, entre delincuencia, inseguridad ciudadana e inmigración. De esta forma los partidos de la ultraderecha han buscado mostrar, como si de una fórmula matemática se tratara, el aumento de la inmigración al ascenso de la delincuencia, en un intento de presentarse como los partidos del orden y la seguridad al defender políticas de “mano dura” contra la inmigración y la delincuencia. Ésta es una vieja consigna, heredada de los fascismos de entreguerras que utilizaban los conflictos obreros y el ascenso del comunismo, para movilizar a los sectores de la pequeña y mediana burguesía hacia sus intereses, presentándose como el antídoto al “caos y la revolución”, el partido de la “ley y el orden”. El enemigo del comunismo ha sido suplantado en el discurso y el imaginario de la nueva extrema derecha por uno nuevo, la inmigración y la delincuencia. Un enemigo que permite movilizar mejor a un electorado en época de crisis social y económica ante los cambios acelerados de la globalización capitalista.

Este discurso también ha sido asumido por los partidos conservadores y social liberales en las últimas contiendas electorales; de hecho una de las razones del éxito cosechado por Le Pen en las elecciones presidenciales del 2002, no fue tan sólo obtener el 16,86% de los votos en la primera vuelta, que le permitió pasar a la siguiente por primera vez en la historia de Francia; su verdadero éxito fue el conseguir que la campaña electoral francesa pivotara sobre los dos temas favoritos del FN, la inmigración y la inseguridad ciudadana. En este contexto los dos partidos mayoritarios el PS y la UDP se esforzaron en mostrar a los electores franceses que ellos podían proponer medidas igual de duras que el FN en estos temas. Una circunstancia que, entre otras, favoreció el éxito del propio FN, consiguiendo que su candidato pasara a la segunda vuelta, y resultó desastroso para el PS que se quedó a las puertas de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales.

La agitación del fantasma de la inseguridad ciudadana en su relación con la inmigración también ha sido utilizada en campañas electorales en las que la extrema derecha no estaba presente, como es el caso del estado español, en donde el PP ha realizado declaraciones y propuestas que el propio Le Pen hubiera firmado. Éste es el caso, entre otros de las declaraciones efectuadas por Rajoy en Barcelona en febrero del 2008: *“Cuando gobierne restableceré, como han hecho otros países de la UE, la expulsión de delincuentes extranjeros, y lo haré incluso si cuentan con permiso de residencia en nuestro país, siempre que el delito no sea tan grave que merezca cumplir su pena en España”*^{1/}. Esto demuestra una tendencia muy peligrosa: la adaptación de parte del discurso de los partidos mayoritarios a los parámetros xenófobos de la extrema derecha. Incluso, como es el caso español, sin el empuje o la competencia electoral de partidos de extrema derecha.

^{1/} www.20minutos.es/noticia/344954/0/elecciones/contrato/inmigrantes/

“La ‘primacía nacional’ no sólo se aplica en el terreno laboral y económico, sino que también es ampliada al terreno cultural”

Este tipo de manifestaciones dirigidas fundamentalmente a captar el voto de protesta o descontento, ha servido de caldo de cultivo y coartada para los brotes xenófobos que se están sucediendo en Europa de “caza al inmigrante”. En mayo los rumores del secuestro de una bebé por una mujer gitana en Nápoles provocó una orgía de violencia racista contra campamentos gitanos, por parte de matones que enarbolaban barras de hierro, incendiaron caravanas y expulsaron a gitanos de sus chabolas en docenas de ataques, orquestados por la mafia local, la Camorra. El caso italiano es especialmente preocupante, no sólo por la proliferación de este tipo de ataques sino también por la reacción del gobierno de Berlusconi ante ellos. “*Es lo que pasa cuando los gitanos roban bebés*” se desentendió el ministro de Interior Maroni, mientras su colega en el gabinete y líder de la Liga Norte, Umberto Bossi, declaraba: “*La gente hace lo que la clase política no puede hacer.*”

nas de ataques, orquestados por la mafia local, la Camorra. El caso italiano es especialmente preocupante, no sólo por la proliferación de este tipo de ataques sino también por la reacción del gobierno de Berlusconi ante ellos. “*Es lo que pasa cuando los gitanos roban bebés*” se desentendió el ministro de Interior Maroni, mientras su colega en el gabinete y líder de la Liga Norte, Umberto Bossi, declaraba: “*La gente hace lo que la clase política no puede hacer.*”

Un nacionalismo “interior”: La preferencia nacional

El nacionalismo de la nueva extrema derecha no tiene una vocación exterior, poseído por el afán de construir un imperio colonial o de anexionarse territorios de los estados vecinos, un factor que resultó determinante en los fascismos de entreguerras. Casi todos los viejos antagonismos y conflictos por disputas territoriales en Europa occidental, que involucraban entonces a países como Alemania y Francia hace ya muchos años que dejaron de ser relevantes. En este nuevo contexto la ultraderecha ha tenido que renovar su discurso nacionalista, algo consustancial a estas formaciones, máxime cuando otro de sus grandes fetiches movilizadores la “amenaza comunista” ya no resulta efectivo.

De esta forma el nacionalismo preconizado por la nueva extrema derecha se estructura esencialmente en torno a la exaltación y preservación de una “identidad nacional” supuestamente amenazada por el acelerado proceso de mundialización de la economía, la cultura y las comunicaciones. Se postula una defensa de la identidad nacional frente a los procesos de “uniformización global”, intentando capitalizar las incertidumbres de este proceso, como la ruptura del Estado del Bienestar, las deslocalizaciones de empresas, la crisis del antiguo modelo de mercado laboral y el miedo ante el reto de la inmigración.

Por lo tanto el nuevo discurso nacionalista de la extrema derecha europea se presenta como un fenómeno con vocación interior que pretende salvaguardar la identidad nacional contra los enemigos exteriores de la inmigración, la incertidumbre económica de la mundialización y frente al colonialismo cultural de un pensamiento único exportado desde los EE UU. Con este programa se intenta movilizar a un importante espectro de la sociedad en base a los miedos y las inseguridades que el

acelerado proceso del neoliberalismo está produciendo entre la población europea. Aportando soluciones simples e identitarias ante problemas reales y complejos a los que los partidos del “sistema” no saben o no quieren dar respuestas. En este sentido los partidos de ultraderecha intentan “superar” la dicotomía tradicional derecha-izquierda al movilizar a su electorado en base a criterios de identidad y no de clase. Filip Dewinter, relevante líder del Bloque Flamenco, afirmó que su partido debía su éxito al hecho de haber sido capaz de “*reemplazar la vieja división del capital y del trabajo, por un nuevo eje que oponía el pueblo y la identidad al multiculturalismo*” (Casals, X. (2003) *Ultrapatriotas. Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*. Barcelona: Crítica: 47).

La “partidocracia” y el voto de protesta. Claves de un nuevo populismo

En el crecimiento y consolidación de una parte de las nuevas formaciones de la ultraderecha ha desempeñado un papel importante la capacidad de estas formaciones para absorber lo que ha venido siendo considerado el llamado “voto de protesta”. En esta captación del voto de protesta ha jugado un papel fundamental una serie de circunstancias que la extrema derecha ha explotado hábilmente. La primera de ellas ha sido el proceso, muy extendido en Europa en las últimas décadas, en el que tanto los partidos tradicionales como las estructuras de gobierno han acentuado el papel y el lugar del líder frente a los antiguos modos de dirección compuestos por organizaciones más colegiales, sobre todo en los sistemas parlamentarios donde el carisma del jefe del gobierno no era indispensable. Eso se puede observar tanto en Francia donde el modelo presidencialista es reforzado con la V República como en Alemania y hasta en Italia.

Este proceso de reforzamiento de la figura de los líderes en detrimento de la ideología, una americanización de la política europea, ha creado una situación favorable para la figura tradicional del líder en las formaciones nacional-populistas. La totalidad de las formaciones de la extrema derecha europea ha basado gran parte de su éxito en la popularización del liderazgo fuerte y carismático de su principal cabeza visible. Los casos más paradigmáticos han sido el del FN con la figura de Le Pen y el de la Lista Fortuyn, que se construyó electoralmente, exclusivamente, en base a la popularidad e imagen de su líder, Pym Fortuyn. Esta paulatina desideologización de la política electoral europea ha favorecido el florecimiento de un renovado nacional populismo basado en un fuerte liderazgo.

El discurso político populista se afirma en la idea de la traición de las élites, políticas, culturales y económicas, al pueblo, preocupándose exclusivamente de sus intereses como casta. De ahí que el pueblo deba de organizarse para que la comunidad recupere el bien común. La clave ideológica del populismo está en el uso político del término pueblo como comunidad política. Un pueblo idealizado y formado por una mayoría de hombres comunes (el *qualunquismo*) dotados de un instinto y una sabiduría políticas innatas que no pueden desarrollar porque

unas élites rectoras corruptas les han traicionado. La organización del pueblo se debe de realizar a través de un movimiento suprapartidista y supraclasista. Esta concepción de la organización ha determinado que la mayoría de las organizaciones de la nueva extrema derecha no haya tomado el nombre de partido en pro de denominaciones como frente, bloque, movimiento, alianza, etc. Además esta concepción de la organización vuelve a incidir en la idea de romper con el conflicto de clases como motor de la disputa política y la agregación colectiva, en pro de la unión interclasista concebida en el concepto que la ultraderecha otorga al pueblo y a sus intereses como comunidad nacional.

El pueblo era la palabra más repetida por el fascismo de entreguerras, el nazismo invocaba constantemente al pueblo y su ideología era indisociable de la *Volksgemeinschaft*, la “comunidad popular”. La nueva ultraderecha también apela constantemente al pueblo, pero ahora el término tiene un doble significado: el pueblo es la “comunidad nacional”, pero, y ésta es una diferencia fundamental respecto a los fascismos, también es el depositario de la soberanía nacional, secuestrada pretendidamente por la oligarquía política e instituciones suprestatales. Mientras en el fascismo hay un menosprecio por la democracia, en la ultraderecha postindustrial hallamos una demanda de “hiperdemocracia”.

Esta invocación a recuperar la democracia secuestrada por la oligarquía política corrupta, denominada por la ultraderecha como “partidocracia”, ha resultado ser uno de los factores movilizadores electorales fundamentales de la extrema derecha. El éxito electoral de la bandera de la auténtica democracia por parte de la ultraderecha, no se puede entender sin valorar el déficit democrático de las sociedades en las que surge, de la transformación sistémica de una sociedad globalizada y de la deslegitimación de la política y de lo político que se ha producido en su seno ante la devaluación de las ideologías. En este contexto el declive de la izquierda tradicional (el comunismo oficial), de la social democracia transformada en social liberal y la debilidad de la extrema izquierda, han favorecido que el voto de protesta, ante el aumento de los déficit democráticos, esté recalando fundamentalmente del lado de la extrema derecha.

En síntesis, los nacional populismos han encarnado un rechazo de la política desde un pretendido abanderamiento del sistema democrático basado en el interés popular, del que ellos se autoarrogan su representación. Para el politólogo Ralf Dahrendorf, el populismo estimula voluntariamente la pérdida de protagonismo de los parlamentos y su debilidad. Los nuevos populismos no pretenden implantar un totalitarismo político; al contrario quieren “*asumir decisiones sin demasiados controles, en presencia de un pueblo fundamentalmente desinteresado y apático*”. Y en numerosos países sucede que “*la popularidad temporal de un líder se combina con el desinterés colectivo hacia la política, una tendencia que se considera de larga duración y preocupante en la medida que genera sociedades que cada vez más se pueden clasificar de democracias sin demócratas*” (Casals, X. *op. cit.*: 43).

El salto a los *mass media*

Una de las principales barreras para la extrema derecha a la hora de poder conseguir y afianzar un nicho social y electoral ha sido la mediática. Su escasa presencia en los medios de comunicación, especialmente en la pequeña pantalla, ha actuado de cortafuegos, en el caso del estado español, hasta ahora. De hecho, la mayoría de los éxitos de la ultra derecha europea han estado precedidos por su entrada, ya sea como grupo o por medio de alguno de sus dirigentes, en el circo mediático de masas.

Los politólogos Yves Mény e Yves Surel señalan en este sentido que los líderes de los nuevos populismos de derechas *“han sabido utilizar de maravilla el talón de Aquiles de la sociedad mediática; es decir, su interés casi patológico por el escándalo”*. En definitiva, los nacional-populismos, como señala Moreau, son agencias de movilización simbólica y requieren de la presencia mediática. Entran en crisis cuando ésta no tiene lugar o no funciona, pero es indiscutible en cualquier caso el papel que desarrollan los medios de comunicación en la creación y eventual desgaste de estos nuevos actores políticos (Casals 2003, :53) La realidad europea ha demostrado que una vez que consiguen alcanzar cierta notoriedad pública y un cierto respaldo social es casi imposible que abandonen la escena mediática, pues ya se han convertido en noticia. Los casos más paradigmáticos de esta tendencia lo representan Le Pen y el Frente Nacional en Francia, organización guía de este sector a nivel europeo, y Pym Fortuyn en Holanda.

A modo de conclusión

La extrema derecha lleva un largo proceso de emergencia, al menos dos décadas y media, una derecha radical distinta de los fascismos de entreguerras y de las ideas nostálgicas con los mismos, pero que a la vez conserva una buena parte de su cosmovisión y composición identitaria. Una extrema derecha que ha sabido explotar las contradicciones del propio sistema y del neoliberalismo globalizador de las últimas décadas, aportando un discurso unificador, simple pero lo suficientemente completo para anteponer un paradigma social y político propio, con el que afianzar un espectro social diverso.

En una coyuntura de crisis económica sistémica, de recortes sociales y laborales, de malestares diversos, de inseguridades hacia el futuro presente... se crean situaciones susceptibles de conectar con respuestas simples a problemas complejos, con chivos expiatorios y liderazgos neo-populistas de carácter totalitario, con una ultraderecha que cuestione el sistema pero dentro de sus propios márgenes, que ofrezca recorridos con pocas aventuras y muchas seguridades.

Tenemos que estar atentos a los procesos que se están gestando en Europa, no sólo por las opciones anticapitalistas que tímidamente se están levantando, sino también mirar de reojo a nuestra extrema derecha, porque si hasta ahora, en nuestro estado no hemos tenido ninguna organización ultraderechista con

representación parlamentaria, en lo que algunos analistas han titulado como la “excepción” española, parece que esta situación no durará mucho. La emergencia de Plataforma Per Catalunya, con posibilidades reales de alcanzar un buen resultado en las próximas elecciones catalanas, puede inaugurar un peligroso camino, sobre el que transite una derecha radical que ha permanecido soterrada en el plano de lo social y dentro de un Partido Popular “acogedor”, pero que consiga tener un vehículo propio con el que expresarse políticamente.

Analizar los discursos y los elementos claves en los éxitos de la ultraderecha europea, es una tarea urgente e imprescindible para poder afrontar los retos que entre otras cosas pueden venir debajo de la mano de la crisis.

Miguel Urban Crespo es miembro de la redacción de VIENTO SUR.



2. Amenazas de derechas

El berlusconismo y la transición autoritaria

Cinzia Arruzza y Felice Mometti

Se han formulado muchas hipótesis para caracterizar el berlusconismo, recurriendo a las definiciones y a las analogías más disparatadas. Nos encontraríamos en el inicio de un nuevo fascismo, de un autoritarismo blando, de un fascismo postmoderno, de un régimen de opereta, y hay quien llega a utilizar la categoría de “ridículo” como clave de interpretación del período berlusconiano.

¿Es Berlusconi un caso único en Europa?

Entre estos intentos de definición, uno de los más engañosos es el que habla de una “anomalía italiana”, argumento propuesto en particular por los “demócratas de izquierda”¹, que ha encontrado eco en otros sectores de la izquierda italiana. Berlusconi sería un producto típicamente italiano, fuera del espacio democrático europeo. Concentrando en sus manos un gran poder mediático,

¹/El Partido de los Demócratas de Izquierda (DS), heredero del Partido Comunista Italiano (PCI) fue fundado en 1991. Participó en 2006 en la formación del Partido Democrático (PD).